**
“Cuando un extranjero resida con ustedes en su tierra, no lo maltratarán. El extranjero que resida con ustedes les será como uno nacido entre ustedes, y lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron extranjeros en la tierra de Egipto. Yo soy el Señor su Dios".** Estas palabras de Levítico 19:33-34 pertenecen a una amplia corriente de bienvenida que recorre toda la Biblia: versos y voces que llevan la hermosa noticia de la incansable preocupación de Dios por los refugiados, solicitantes de asilo y todas las personas y familias migrantes.

Un coro que abarca toda la Escritura, que incluye también:

* Éxodo 12:49: “Habrá igualdad ante la ley para el ciudadano y el migrante.”
* Éxodo 22:21: “No debes hacer daño a un inmigrante.”
* Éxodo 23:9: “No oprimirás al inmigrante.”
* Levítico 25:23: “Porque toda la tierra pertenece a Dios; ante los ojos de Dios, todos somos inmigrantes.”
* Deuteronomio 10:19: “Amarás al inmigrante.”
* Deuteronomio 24:17: “No debes privar a un inmigrante de justicia.”
* Zacarías 7:9-10: “Muestren amabilidad unos con otros, y no opriman al inmigrante.”

A estos pasajes se suma la historia de Rut, una extranjera inmigrante que se convierte en ancestro de David y Jesús (Rut 4:13-17; Mateo 1:1-16), y el recuerdo de Mateo sobre José, María y Jesús como refugiados que cruzan fronteras huyendo de la violencia política (Mateo 2:13-23).

El resultado es un claro testimonio bíblico de la constante preocupación de Dios por los solicitantes de asilo, las familias migrantes, los refugiados y los inmigrantes.

El peso acumulativo de las Escrituras nos dice que la obsesión de nuestra nación por detener y deportar inmigrantes no solo es una mala política pública, sino también una injusticia humana y un grave fracaso moral.

Esto convierte el momento presente, para personas de todas las religiones, en una de esas temporadas críticas en las que debemos abrazar más profundamente la verdad del poderoso recordatorio de Martin Luther King, Jr.:**“En el momento en que comenzamos a guardar silencio sobre las cosas que importan, es el momento en que nuestra vida comienza a terminar.”**

Ahora es el momento para que personas de todas las religiones —junto con quienes no profesan una fe, pero caminan con buena voluntad— se levanten en defensa de nuestros vecinos inmigrantes y alcen su voz contra la deportación de inmigrantes indocumentados no criminales.

La frase **“inmigrantes indocumentados no criminales”** es intencionada e importante.Algunos dicen que cualquier inmigrante que ingresó a los Estados Unidos sin los documentos apropiados es un criminal y, por lo tanto, debería ser deportado.

Pero dediquémonos a decir, clara y en voz alta, lo que sabemos que es verdad:**Un inmigrante sin la documentación adecuada no es lo mismo que ser un criminal.**

Todos lo sabemos, y necesitamos comenzar a decirlo. No llamaríamos criminal a un ciudadano trabajador y respetuoso de la ley que tiene un problema de documentación. Entonces, ¿por qué los defensores de la deportación masiva insisten en que los inmigrantes indocumentados trabajadores y respetuosos de la ley son criminales?Imputar a millones de nuestros vecinos inmigrantes de esa manera es incorrecto y debe detenerse.

Inmigrantes que cometen actos de violencia, al igual que ciudadanos que cometen actos de violencia, deben ser aprehendidos.Pero la actual campaña de crueldad de nuestra nación contra los inmigrantes claramente **no se trata de seguridad pública**.

Más bien, es una campaña de miedo arraigada en el triste suelo de una **xenofobia institucionalizada**, que ha producido el amargo fruto del nacionalismo, el racismo y la supremacía blanca.

La respuesta más sanadora a esta trágicamente armada e institucionalizada xenofobia es reconocer que **todos somos amados hijos e hijas de Dios**.Aprender a mirar con amor y a dar la bienvenida a todas las personas **como si hubieran nacido entre nosotros, y nosotros entre ellas**.

Que nuestra triste y pecaminosa xenofobia —el miedo al otro— sea transformada en una alegre y poderosa **xenoamor**: el amor al otro.

Que todos lleguemos, por fin, a **encarnar el espíritu expansivo de Levítico 19:33-34**, amando al inmigrante como nos amamos a nosotros mismos; viendo al refugiado, al solicitante de asilo y a las familias migrantes **como Dios los ve: como nacidos entre nosotros**.

**Amén.**

Escrito por: Charles Poole.